

## «ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL ESTILO DE FEIJOO: IMAGENES BELICAS EN LA PROSA FEIJONIANA»

Por Ignacio ÚZQUIZA GONZALEZ

Acerca del concepto de imagen, se han establecido las más variadas definiciones y clasificaciones. Prescindamos ahora de un estudio amplio y profundo de este concepto, y aceptemos la definición que F. Lázaro da del término imagen en su «Diccionario de términos filológicos», «imagen es la relación poética o literaria establecida entre los elementos reales e irreales, cuando unos y otros están expresos» (1).

Vamos a tratar de iniciar una aproximación al estudio del estilo de Feijoo. El estilo de Feijoo es un campo de la estilística y de la historia de la literatura española que carece de un estudio sistemático, a pesar de las notables, aunque parciales, aproximaciones de diferentes estudiosos como el profesor Lapesa y otros.

Nuestro autor, de modo general, en el campo del estilo literario, asume una actitud templada, conciliadora, entre diferentes estilos: Renacentista, barroco, neoclásico. Veamos lo que dice:

«Hallé en esa lectura más de lo que esperaba, sobre una erudición de rara amplitud y profundidad, hallé un estilo noble, elegante, puro, igualmente grave, conceptuoso y elevado que natural, dulce y apacible».  
(«Cartas Eruditas», pág. 136, Ed. Clásicos Castellanos).

El estilo «natural, dulce y apacible», puede corresponder bien al estilo renacentista. «Grave, conceptuoso y elevado» es también el estilo barroco; y ese otro estilo «noble, puro, erudito» es, de algún modo, el estilo neoclásico.

(1) F. Lázaro, «Diccionario de términos filológicos» Ed. Gredos, pág. 61

sico, tan amigo de la claridad, de la limpieza y precisión de la dicción, del método. Dice Feijoo:

«Las cualidades que constituyen un noble escritor... son un bello método, una explicación clara, una dicción pura, una frase elegante.»  
(*Cartas Eruditas*, pág. 59, Ed. Clás. Cast.)

El concepto de belleza y elegancia asociado a una exposición verbal metódica, clara y racional, es típicamente neoclásico.

De manera general, digamos que la prosa literaria de Feijoo presenta dos momentos:

a) El compromiso ideológico

b) La textura lingüística, la urdimbre estilística de ese compromiso ideológico.

Respecto al primer momento, digamos que el objetivo teórico de Feijoo, durante su obra, no es solamente el de echar por la borda, el de dejar en la cuneta, supersticiones, tópicos, convenciones, sino, sobre todo, su finalidad, su objetivo es sustentar enfoques particulares de los fenómenos, someter a examen científico diversas materias y asuntos, hacer, en definitiva, crítica.

En nuestra exposición, nos ceñiremos a un aspecto concreto del estilo de Feijoo, el de las imágenes bélicas que concurren en su prosa, dentro de una general aproximación a su escritura literaria, lo cual nos brindará la posibilidad de orientar una perspectiva determinada, un peculiar enfoque de la obra feijoniana.

En la obra del benedictino, la imagen bélica, que implica tensión y lucha, adquiere una notable recurrencia, constituye una presencia casi ininterumpida, crea una atmósfera literaria particular; de ahí, la necesidad de su explicitación y de su justa valoración, de ahí, la necesidad de contemplar sus motivaciones dentro del estilo general del autor.

Veamos ejemplos concretos:

«Largo camino para ejercitar la crítica es el que tengo presente, por ser innumerables las tradiciones o fabulosas o apócrifas, que reinan en varios pueblos del cristianismo. Pero es un campo lleno de espinas y abrojos, que nadie ha pisado, sin dejar en él mucha sangre.

¿Qué pueblo, o qué iglesia mira con serenos ojos que algún escritor le dispute sus más mal fundados honores? Antes se hace un nuevo honor de defenderlos a sangre y fuego. Al primer sonido de la invasión se toca a rebato y salen a campaña cuantas plumas son capaces no sólo de batallar con argumentos, mas de herir con injurias, siendo por lo común estas segundas las más aplaudidas, porque el vulgo apasionado contempla el furor como hijo del cielo.»

(*Teatro Crítico Universal*, 3, pág. 9, ed. Clás. Cast.)

El subrayado es mío.

La imagen bélica es manifiesta; «Defender los honores a sangre y fuego», «invasión - campaña - plumas - batallar con argumentos y herir con injurias». Veamos otros casos significativos:

«En estas dos profesiones (la abogacía y la medicina) es un gran contrapeso de la dulzura del estudio la emulación de otros de la misma facultad, con quienes en frecuentes concurrencias se disputa la ventaja. Es esta una *guerra más mental* que sensible, donde, aunque no es mucho el *estruendo de las voces*, no pocas veces por el *estallido de los labios* se conoce la *pólvora que arde en los corazones*».  
(T. C. U. I, p. 172).

«Guerra más mental, estruendo de las voces, estallido de los labios, pólvora que arde en los corazones», son otros ejemplos elocuentes de esta imagen bélica, que forma parte importante del estilo de Feijoo.

«Tintura de la virtud la llamó (a la vergüenza) con sutileza y propiedad Diógenes. De hecho este es el *robusto y grande baluarte*, que, puesto enfrente del vicio, cubre todo el *alcázar del alma*, y que, *vencido una vez, no hay resistencia...* a maldad alguna.»  
(T. C. U. Biblioteca de Autores Españoles I, p. 53)

La imagen del «baluarte y el alcázar del alma» son testimonios de este tipo particular de imagen.

«Muchas veces lo que se juzga convalecencia (de una enfermedad) no es más que un *disimulo alevoso*, una *retirada sagaz*, una *suspensión traidora de los combates de la enfermedad*, para salir después como de una *emboscada o descargar con más furia* sobre el propio paciente.»  
(Teatro Crítico Univesal, B.A.E. 4, pág. 89)

Ese «disimulo alevoso», esa «retirada sagaz y suspensión traidora de los combates de la enfermedad, emboscada», para referirse al estado enfermedad - convalecencia, es todo ello característico de este peculiar rasgo de estilo de nuestro autor.

«Cuando, no obstante, haya argumentos eficaces contra las opiniones recibidas, considero indispensablemente obligados los escritores a *batallar por la verdad* y purgar al pueblo su error».  
(T. C. U. 2, pág. 148, ed. Clás. Cast.).

En este caso, «batallar por la verdad» se mantiene dentro del tipo de imagen feijoniana que estamos describiendo.

«Estos como patrocinaban *mejor causa*, y con *armas mucho más fuertes y sólidas* que todos los filósofos sistemáticos no sólo *se defendieron vigorosamente*, mas fueron *abriendo campo* y ganando mucha gente, no sólo de las neutrales, mas aun de sus propios *enemigos*».  
(B.A.E. 3, pág. 459).

«Mejor causa, armas mucho más fuertes, defenderse vigorosamente, abrir campo, ganar mucha gente - enemigos», en el contexto de un debate filosófico, es una prueba clara de esta imagen bélica, en un ambiente de significación ajeno propiamente a la lucha bélica.

«Lo más gracioso o lo más desgraciado es que cuando de tal modo se agravan los síntomas de la enfermedad, que apenas queda duda de que aquel tumulto fue ocasionado del remedio, tienen ellos otra *admirable escapatoria*, que, es decir, que ya lograron *descubrir al enemigo*. Esto ostentan como un triunfo del arte, aun cuando para sí conocen el daño que hicieron; y la necia credulidad de los oyentes celebra la acción, como que fue gran industria y sabiduría sacar de la *emboscada al enemigo oculto y ponerle en campaña rasa, donde le puedan acometer libremente*».  
(B.A.E. 3, pág. 186 - 187).

De nuevo, «el enemigo, la emboscada, la escapatoria», hablando de la enfermedad, son formas o rasgos particulares de estilo que encajan dentro de la llamada imagen bélica, en contextos no propiamente bélicos.

«Procuraré no introducirme jamás a juez en aquellas cuestiones que se ventilan entre varias escuelas, especialmente en materia teológica, porque, ¿qué (entiendo) puedo yo adelantar en asuntos que con tanta reflexión meditan tantos hombres insignes? O ¿quién soy yo para presumir capaces mis fuerzas de aquellas *lides, donde batallan tantos gigantes?*».  
(Prólogo de la Ilustración apologética).

Consideremos también otros ejemplos más breves:

«Si eres algo reflexivo excuso *armarte* de nuevas advertencias».  
(B.A.E. 2, pág. 261).

«Cuando se les oponen las tradiciones apostólicas *se escudan* con la falsedad de varias tradiciones populares».  
(T.C.U. 3, pág. 9, ed. Clás. Cast.).

«La experiencia y la razón *militan contra* este vulgar apotegma».  
(B.A.E. 3, pág. 189).

«*Franquear* con modesta osadía el corazón de todas aquellas materias, tiene un atractivo muy poderoso.»  
(B.A.E. I, pág. 11)

En este caso, caen dentro de nuestra teoría de la imagen feijoniana, «armar, escudar, militar y franquear».

Esta práctica, digamos metafórica, de la imagen bélica es permanente en la obra literaria de Feijoo.

Nuestro escritor se siente particularmente excitado por las comparaciones o referencias al ambiente militar o guerrero:

«Sucédeles a los médicos y asistentes torpes lo mismo que a los *capitanes* ignorantes o inexpertos, que en el desembarazo de un combate no distinguen entre lo que es huir vencido el enemigo o retirarse cautelosamente a una *emboscada*».  
(B.A.E. 4, pág. 68).

y un ejemplo más de similitud:

«Deberá asegurarse bien el médico de estar las cosas en esta postura, porque si no hará lo que los otomanos en el *sitio de Rodas*, que, estando algunas tropas suyas empeñadas en el asalto, mezcladas ya con los cristianos de la guarnición, los turcos del campo, con bárbara furia, a unos y a otros asestaron la artillería».  
(T.C.U. I, pág. 135, ed. Clás. Cast.).

En consecuencia, no podemos considerar como causal tan insistente presencia del tema militar en la obra de nuestro autor.

Si queremos comprender esta imagen bélica en sus justas proporciones, debemos de situarla dentro de la idea general de Feijoo sobre la escritura, sobre su obra literaria, concebida no tanto para ser deleite del lector, cuanto fuerza motriz que le mueva a comprometerle activamente en su desarrollo.

Podemos, incluso, ir más allá, y decir, después del conjunto de ejemplos mencionados, sin temor a la exageración gratuita, que nuestro escritor, Fray Benito Jerónimo Feijoo, concibe su obra literaria como campo de batalla, como frente de lucha, en suma como un combate.

Oigamos sus palabras:

«Ciertamente, lector, tendrías lástima de mí, si supieses cuanto me cuesta, y a cuán alto precio compro este poquito de fama que me granjea la pluma. ¡O cuántos disgustos, y por cuántos caminos, me ha ocasionado esta inexorable furia que llaman envidia! ¡Cuántos arbitrios, cuántas maquinaciones han discurrido, ya para quitarme la gloria de lo escrito, ya para que no prosiguiese la obra empezada... Sigo, lector, una senda cubierta de peligros y tropiezos. Mas no temas que, trémula por el pavor, la mano deje caer la pluma. Desde el comienzo, previne que habría de padecer muchas oposiciones, por el carácter de mi obra, cuyo asunto es combatir opiniones comunes. Añadió después la emulación nuevos encuentros. Por todo, voy rompiendo, con fatiga, sí, pero sin desfallecimiento».

(*Ilustración Apologética* al I y II tomo del T.C.U. prólogo, pág. 9).

La obra de Feijoo no se gesta en un terreno apacible y feraz, dentro de un unánime cuadro de reconocimiento y consenso general. Antes, por el contrario, su obra fructifica en un abrupto y sinuoso campo, surcado de dificultades materiales y teóricas. Todo, menos creer que los escritos del *benedictino* fueron señorial o arbitrariamente contruidos.

Como dice J. L. Varela:

«La primera facies feijoniana es la de un luchador, la de un formidable polemista y contradictor, que provoca y replica, que no da su brazo a torcer, que está y estará en sus trece, que obstinadamente sigue su camino atendiendo a la obra emprendida y al mismo tiempo a los que salen con piedras a su paso» (2).

(2) Varela, «El ensayo de Feijoo y la ciencia», en la «Transfiguración literaria», ed. Prensa española, pág. 500.

Y el propio G. *Delpy*, uno de los clásicos estudiosos de Feijoo, reconoce sin vacilación que:

«La obra de Feijoo es una obra de combate» (3).

Hay que decir que el impulso de lucha feijoniano no es un impulso maximalista y anárquico, sino más bien un impulso conciliador, sincrético, centrista podríamos acaso decir, desde el momento que, a cada paso, se esfuerza por armonizar empirismo moderno y escolástica tradicional, en el terreno de las ideas, y por conjugar o trenzar los distintos elementos léxicos y retóricos que conviven en su obra (así, por ejemplo, el léxico culto y especializado con el léxico castizo), en el terreno del estilo literario y en el terreno del lenguaje.

De cualquier manera, nos es lícito hablar de la unidad de estilo de la obra de Feijoo. Pero teniendo siempre presente que esta unidad se halla imbricada, constituida de componentes muy diversos, los cuales han debido ser sometidos a continuas pruebas, ensayos, experimentos, antes de ofrecérsenos como cuadro, como texto literario.

Desde este punto de vista, dos notas se hacen generales en la obra de Feijoo:

a) El trabajo de experimentación

b) El afán universalista

por lo que respecta al lenguaje literario.

En definitiva, la obra de Feijoo debemos considerarla como fruto de un momento histórico—cultural determinado, y no como elaboración de una doctrina científica y filosófica de validez universal. Su obra desempeñó el papel para el que fue creada y construida, y su éxito no reside en la utilidad que pueda ofrecer a la posteridad, sino en el provecho que supuso para sus contemporáneos, y en el hecho de abrir, modestamente, la vía de la curiosidad por una ciencia menos vacía que la emanada de la última escolástica, y más inspirada en la experiencia.

Para terminar, concluyamos que la imagen bélica que hemos descrito en la obra de Feijoo, por su coherencia, sistematismo y profundidad, nos remite al fondo de la ideología del autor, el cual considera su trabajo literario como algo dinámico, cinético, como una lucha, casi física, contra un sistema de ideas arcaizantes y convencional en la España de su tiempo.

Esta imagen bélica, rasgo de estilo recurrente y sémico, crea una visión literaria particular, define una postura, y trasluce toda una infraestructura preliteraria, de naturaleza moral e ideológica.

(3) *Delpy*, «Espagne et l'esprit européen. L'oeuvre de Feijoo». Fondo de Cultura, pág. 287.

De este modo, la imagen se nos presenta como algo autónomo, unitario y con sentido (4).

La presente exposición es un breve extracto de mi tesis doctoral: «El léxico de Feijoo», Salamanca, 1973., la cual permanece de momento sin publicación.

*Universidad de Extremadura*

---

(4) Uno de los más prestigiosos formalistas rusos, Viktor Schlovski, decía:  
•El fin de la imagen no es el de poner más cerca de nuestro conocimiento el significado que comporta, sino más bien el de crear una percepción particular del objeto, el de crear su visión y no su reconocimiento.  
•El arte como procedimiento», en «Teoría de la literatura» de los formalistas rusos, Seuil, pág. 90, Comunicación, 20.

